

Modos de morir. Impersonalidad, materialismo y constitución de la subjetividad en la obra de M. Blanchot



Noelia Billi

Directora: Mónica B. Cragolini

Cuidémonos de decir que la muerte se opone a la vida. Lo viviente sólo es una especie de lo muerto, y una especie muy rara.

F. Nietzsche, Die fröhliche Wissenschaft («la gaya scienza»)¹

La “muerte humana” ha sido el estandarte de todas las filosofías antropocentradas desde el siglo XVIII y, antes de ello, de la filosofía como “preparación ante la muerte” característica del pensamiento occidental desde sus inicios griegos. Ello no obstante, la filosofía post-nietzscheana reorganiza el ámbito de problemas a partir de la circulación de un concepto de muerte diferente. Desde el momento en que se pasa de la noción vivificante de Dios a una que lo ubica como el muerto cuya “sombra” es de gran efectualidad mundana, los temas clásicos de la delimitación entre lo vivo y lo muerto son reconducidos hacia un terreno espectral regido por una lógica enloquecida por la sustracción de la muerte misma. Desplazada de su lugar de “negativo” de la vida, la muerte se revela como un concepto a través del cual es posible trazar un recorrido legítimo por una ontología exiliada del humanismo pero, sobre todo, que abandona la ‘vida’ como operador último de inteligibilidad de lo que hay, es decir, la vida como organización teleológica de una diversidad de componentes cuyo fin/función asegura la coherencia, estabilidad y jerarquía de lo que existe².

De acuerdo a esta línea de indagación, he abordado la obra de Maurice Blanchot examinando los distintos modos en que la problemática de la muerte funciona. Para la orientación general de dicha labor, atribuí al pensamiento nietzscheano una persistencia en las meditaciones del escritor francés que exploré en el primer capítulo. En la tarea cuasi-filológica estaba operando ese resorte que siempre se activa con la lectura (académica o no), a saber: la tarea de inscripción de Blanchot en un linaje. Así pues, en tanto post-nietzscheano, he

insistido en dar cuenta de su escritura a modo de variación –a la vez sofisticada y de maravillosa sencillez– de un solo sintagma: la muerte de dios. Tratándose de la variación de una variación, pronto nos encontramos en el centro calmo de un tornado, en el ojo (ciego) del ciclón.

En aquella muerte interminable, perpetuada en las sombras que se proyectan en las paredes de la caverna³, Blanchot desplegó con paciencia una escritura que se plantea como alejamiento de las tesis idealistas que animan el pensamiento de Occidente hace siglos. Idealismo que, progresivamente, ha adquirido un tono antropocentrado, logrando reducir lo vivo y lo muerto a “experiencias” del hombre, y haciendo emanar de allí una lógica de lo orgánico que extenua sus fuerzas en la resistencia a los contagios y las mezclas.

La escritura es, en el caso blanchotiano, el hilo que se persigue, se anuda y, a veces, se desata en este recorrido que reivindicó como “materialista”. Si en el segundo capítulo señalo el interés de indagar en un materialismo de escritura avizorado en Blanchot, es porque confluyen allí el interés político y el estético, es decir, porque se da lugar a una filosofía: la múltiple, abigarrada y lúdica lógica de la ambigüedad y el desdoblamiento inicial permiten trazar los protocolos de lectura según los cuales la escritura excede el marco de un lenguaje humano para transformarse en materia del mundo. Y el mundo, quizá, en un libro.

Así pues, he intentado mostrar no sólo que Blanchot forma parte de ese frenesí subterráneo que Althusser llamó “materialismo del encuentro”, sino también que su noción de escritura lanza el concepto de materia a un lugar extraño, donde adquiere unas características originales que vuelven sobre el “materialismo” para redefinirlo.

Pensar la materialidad de acuerdo al paradigma de la escritura supone que aquella exhiba una espectralidad que disloca su habitual reducción al ámbito de lo inerte e impotente. Investigando la cuestión en Bataille, Derrida, Marx y Artaud se ha puesto de manifiesto que

1 Se cita de acuerdo a la edición crítica *Digitale Kritische Gesamtausgabe Werke und Briefe* [eKGWB]: eKGWB/FW-109 (trad. de José Jara: *La ciencia jovial. “La Gaya Scienza”*, Caracas, Monte Ávila, 1985, p. 104).

2 Cf. M. Foucault, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1966, esp. cap. 5 “Classer” y cap. 8 “Travail, vie, langage”.

3 “Después de la muerte de Buda, durante siglos se mostró su sombra en una caverna –una sombra monstruosa y pavorosa. Dios ha muerto: sin embargo, tal como es la especie humana, durante milenios habrá cavernas en las que tal vez se mostrará su sombra. Y nosotros –¡también nosotros tenemos que vencer todavía su sombra!”, F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft* («la gaya scienza»), eKGWB/FW-108 (trad. cit. p. 103).

el espectro gatilla una reacción que impulsa a todas las nociones involucradas a emanciparse del Hombre. A tales fines fueron desandados los caminos que, para Blanchot, llevan de la escritura a la muerte: en ellos tuvimos la oportunidad de sentir la cercanía de los fantasmas que, ni vivos ni muertos, eluden la sumisión a la funcionalidad orgánica para dispersarse como un viento abrasador en el desierto. En este esbozo de un materialismo post-fundacional y post-humano, caracterizado por lo impersonal y animado no por lo que se identifica con la vida ni con la muerte, sino por el *morir* sin término de los espectros, se han vislumbrado las fuerzas de lo neutro que justificaron el tercer capítulo. En él, a través de la imagen y la infancia –y su relación con lo muerto, los cadáveres y lo inorgánico–, se hizo patente la potencia afirmativa de un pensamiento cuya reivindicación de lo pasivo, lo débil y lo pobre no implica el imperio de la nada sino la necesidad de desancorar la ontología del *telos* que la antropogénesis le ha impuesto tradicionalmente. Muy lejos de afirmar que la profundización del vacío y la negatividad son los elementos estructurantes del pensamiento de Blanchot, creí que era urgente mostrar que la identificación de la *nada* con la infancia y lo imaginario es un *síntoma* de la posición del Uno soberano, bajo el nombre de lo humano (demasiado humano).

Relativizada la pulsión de unidad y totalización, la pasividad, pobreza e infancia se revelaron como formas de apelar a la dispersión, a una modalidad de la relación cuyo principio de construcción no es la subsunción bajo esquemas funcionales cada vez más generales, ni el sacrificio de lo extraño en el altar de lo mismo. Antes bien, lo pasivo, lo pobre, lo débil, responden a la llamada de una *physis* que, en su deriva de emancipación respecto de lo antrópico, se presenta bajo las múltiples máscaras de lo fragmentario. Lo señalamos a propósito de la genealogía foucaultiana: el vértigo es el movimiento espacializante de un afuera que, entonces, no se identifica con el vacío sino con el intervalo inframínimo entre lo que hay; es en ese *locus* donde se juega todo lo que tiene de afirmativo el pensamiento blanchotiano: en las tenues y superfluas imágenes, en el juego sensual con la palabra propio de la infancia (que, según he argumentado, no se reduce a una *edad*). Ello se constituye así en paradigma a partir de lo cual reevaluar lo que acontece y redefinir aspectos de lo existente para que ya no queden atados a la asociación que identifica la fuerza con la unidad, la reunión y la mismidad.

Mi propósito general ha sido el de llevar la escritura blanchotiana (tanto sus ensayos como las novelas y relatos) a una dimensión de lo actual donde me parece que tiene un terreno fértil para propagarse. Reponiendo la conversación infinita con eso desconocido que nombramos *espacio literario*, en el roce con las escrituras de los amigos más o menos cercanos (Nietzsche, Bataille, Foucault, Derrida, des Forêts, Camus, entre otros), enredando su palabra con las piedras y las inflorescencias (de las que somos, quizás, una mutación desafortunada), la intuición que he perseguido es que en Blanchot se cristaliza un zona de experimentación de resistencia a las presiones sacrificiales bajo las cuales lo humano se constituye. Que la palabra sea la veta mineral de la existencia, el brote errático que crece sin por qué en el intervalo insignificante entre dos baldosas, o el animal que come el mundo sin por ello creerse su dueño, ofrece una perspectiva ontológica (es decir, política, ética y estética) que contribuye a la clarificación de las condiciones en las cuales nuevos modos no-sacrificiales de vivir-juntos son viables. En dicha indagación, se hace notar el pasaje de una consideración de la escritura y el lenguaje como instrumento *del* hombre (ya sea para comunicarse con otros como él, o para construirse a sí mismo en un reflejo complaciente) hacia una versión de la palabra como modalidad de la existencia caracterizada como discontinua, heterogénea y fragmentaria. En estas circunstancias, la palabra permanece ajena a lo *posible para el hombre*, dando lugar a nociones de lo corporal y lo viviente que, al no establecer relaciones dicotómicas o dialécticas con lo espiritual y lo muerto, constituyen un recurso interesante para la conceptualización de resistencias en el marco de los debates actuales en torno a la biopolítica. Desde este punto de vista, según el cual (de acuerdo a la problematización foucaultiana del tema) la “vida” se constituye como objeto de la política y el “hacer vivir” como la meta del biopoder, las existencias humanas y no humanas son producidas como vivientes disponibles para la (auto)explotación sacrificial generalizada. En este sentido, el *morir* blanchotiano permite alterar las relaciones entre lo humano y lo no humano y, por ende, trae consigo una exigencia de repensar el estar-juntos de maneras que no subordinen lo no humano (incluso *en* el hombre) a fines antrópicos, reivindicando aquellos modos de existencia que proliferan en prescindencia del poder autotélico y las fuerzas de clausura. Una suerte de *squirting* es quizás el arrojo que se afirma en la escritura blanchotiana: esa eyaculación femenina cargada de fluidos que no están al servicio de la reproducción del individuo sino del placer de la fricción y el lúbrico juego de los cuerpos que existen fuera de sí.